

*Emmanuel Carballo*

# Cada época tiene la crítica literaria que se merece

Ixchel Cordero

*Próximamente se presentará en Casa del Lago el libro Diario público 1966-1968 del crítico mexicano Emmanuel Carballo —autor de Protagonistas de la literatura hispanoamericana del siglo xx, El cuento mexicano del siglo xx y La crítica literaria en México, entre otros— que motivó esta entrevista sobre la literatura mexicana y sus polémicos alrededores.*

*Diario público 1966-1968* de Emmanuel Carballo (Guadalajara, Jalisco, 1929) es un libro fiel y contundente en la historia de la literatura mexicana y una suerte de bitácora escrita por uno de los protagonistas del debate intelectual contemporáneo. Su autor despliega sus maduras y bien afiladas armas narrativas, regalándonos las memorias, las anécdotas, los secretos y aun los “chismes” que hoy se han convertido en testimonios de un pasaje histórico de las letras nacionales. *Diario público...*, comenzó su circulación en el legendario periódico *Excelsior*, en “Diorama de la Cultura” y a partir de ahí su misión se enfocaría en dar noticias y ser un enlace entre

escritores, editores y traductores del momento. Aunque también, confiesa Carballo, nació para:

Comunicarme con mis amigos, contarles mis planes, mis lecturas (muchas veces en originales), mis sueños, mi amor por la mujer con la que vivía, mis textos y mis frustraciones.

Carballo ha sido testigo de numerosos acontecimientos literarios y uno de los pocos hombres que, al ejercer la crítica literaria desde muy temprana edad, ha arriesgado siempre a favor de una sola musa: la literatura. Escritas con pasión, las quinientas sesenta y tres páginas



Emmanuel Carballo en Casa del Lago

que integran *Diario público...*, son un estudio y repaso serio de autores que en esos años eran jóvenes promesas: Gustavo Sainz, José Agustín, René Avilés Fabila y muchísimos más. Aunque también figuran autores maduros de ese tiempo: Octavio Paz, Rubén Bonifaz Nuño, Fernando del Paso, Sergio Pitol, Salvador El Zondo, Carlos Monsiváis y Sergio Galindo, por citar algunos.

A sus setenta y seis años, Emmanuel Carballo no bebe (excepcionalmente *whisky*), no fuma y es un amante nada discreto del café. Ojos incisivos, pelo cano, escaso y delgado; su rostro no parece cansado y su cuerpo tampoco. De pie es un hombre fuerte, con movimientos resueltos, independientes, y su aspecto pulcro lo denuncia como alguien muy querido, muy amado; quizá la culpable sea su compañera: Beatriz Espejo. De los años que Emmanuel confiesa tener, sólo carga la mitad porque la otra la esconde perfectamente en el bolsillo. No parece un ogro feroz, ni mucho menos “una figura molesta”, como él mismo ha dicho, todo lo contrario, Emmanuel es caballeroso, me invita a sentarme, me pregunta si estoy bien ahí o nos movemos a otro sitio. Ante mi curiosidad, Emmanuel se delata —desde el primer momento—, como un incansable estudioso de la literatura mexicana y cada instante que me regala al contestar mis preguntas lo confirma: con precisión, sin muletillas, muchos ejemplos, pausas y un ritmo muy a lo Carballo.

*Cuénteme de sus inicios como crítico literario.*

Es una carrera larga. Soy un hombre viejo. Cumplo setenta y siete años en julio de este 2006. Empecé a escribir crítica literaria en 1949, en Guadalajara, en la revista *Ariel*, una publicación de jóvenes escritores tapatíos y de otras partes de la provincia mexicana y algunos de la Ciudad de México, como Jaime Sabines, Emilio Carballido, algunos españoles como Blas de Otero (en los años cincuenta fue un importante poeta social con cierto ímpetu religioso, una especie de León Felipe del franquismo). Todos querían escribir cuentos, novelas, pequeñas obras de teatro, pero nadie quería hacer crítica. Yo hacía poesía, pero teníamos que dedicar una o dos páginas mensualmente a la crítica y empecé a hacerla con mi nombre y con dos seudónimos: Mario Calleros (hasta la fecha sigo utilizándolo, en *Diario público...* hay algunos textos firmados con este nombre) y Salustio Pérez. Empezó siendo una cosa de amor a la revista hasta que saliera lo más completa posible y poco a poco se convirtió en una actividad muy grata.

La crítica literaria no me disgustaba sino que me atraía. Mis lecturas dejaron de ser solamente cuento, poesía, novela, ensayo y empecé a hacer teoría literaria, estilística, teoría de la poesía. Leí *Los orígenes de la novela* de Marcelino Menéndez Pelayo; *El deslinde* de Alfonso Reyes; las notas que publicaba Octavio Paz y la revista

*El hijo pródigo* (se publicaba en los años cuarenta) donde escribían los Contemporáneos y me aficioné mucho a las notas críticas de Xavier Villaurrutia. De Paz me gustaba mucho su manera de presentar y desarrollar un tema, las ideas que manejaba; al igual que Alfonso Reyes. En ese tiempo llegaba a Guadalajara la revista *Sur* de Victoria Ocampo y mensualmente la leía, de la primera a la última página. Para mí Borges era un autor absolutamente vigente. Hablábamos de él como un clásico, un hombre que iba a revolucionar el siglo XX. He tenido el don de adivinar un poco lo que va a pasar: al ver a algún escritor y leer algunos de sus textos he profetizado cómo algunos serían importantes. Aunque también me he equivocado.

*Emmanuel Carballo es un estudioso serio de la literatura mexicana e hispanoamericana. A su labor incansable como crítico literario, Carballo suma los trabajos de poesía (Amor se llama), cuento (Gran estorbo la esperanza), ensayo e investigación (Ramón López Velarde en Guadalajara, Los dueños del tiempo, Protagonistas de la literatura mexicana, Agustín Yáñez..., por mencionar algunos). Como profesor de literatura ha impartido cátedra en diferentes escuelas y universidades, entre ellas: la Escuela Vocacional del Instituto Tecnológico de la Universidad de Guadalajara y el Instituto Politécnico de la Universidad de Guadalajara; la Universidad Nacional Autónoma de México y la Escuela de Escritores de la Sogem. Como editor ha publicado "obras redondas y autosuficientes". Y en el campo de la antología ha trabajado el cuento, la novela y la poesía (El cuento mexicano del siglo XX, La novela mexicana del siglo XIX, La poesía mexicana del siglo XIX y Narrativa mexicana de hoy). Por su vasta obra ha recibido numerosos premios y reconocimientos, recordamos en este espacio el Premio Jalisco de Letras (1990). En 2004 la Universidad Autónoma de Nuevo León publicó Emmanuel Carballo: protagonista de la literatura mexicana; libro conformado por las voces críticas que han conocido de cerca el trabajo de Carballo, sirva este libro para una consulta rigurosa sobre la obra del tapatío.*

*¿Se ha sentido el crítico incómodo de la literatura mexicana?*

Incómodo en el sentido de que estás fuera del circuito, toda la gente respeta ciertos reglamentos no escritos, en cambio yo me salto esas trancas. Los reglamen-

tos no escritos son: no meterse con los amigos, no atacar el *establishment*, los autores importantes. Los grupos se pueden pelear pero no puedes hablar de la inexistencia de los dos grupos. La primera entrevista que me hicieron recién llegado de Guadalajara fue detonante en todo lo que vendría después; me entrevistó Elena Poniatowska, las preguntas eran muy chispeantes. Elena me preguntaba: ¿y usted qué piensa de Alfonso Reyes? Las preguntas no me hacían sufrir porque entre más dura sea una pregunta es más agradable y puedes decir cosas que de otra manera se quedan guardadas. En esa entrevista hablé mal de Reyes, de González Martínez, de Vasconcelos, de Martín Luis Guzmán, de los Contemporáneos, de ciertas cosas de Paz que no me gustaban. A la semana siguiente se decía en el periódico *Novedades* dentro del suplemento "México en la Cultura" que había sido la función de estreno y la función de despedida de un crítico que se pasó de listo, que había cavado su propia tumba porque todas las insensateces que había dicho se le iban a revertir y terminaría en cenizas. Y aquí me ves cincuenta años después. Se acabaron mis enemigos, sigo vivo y mis puntos de vista son los que prevalecen y han prevalecido en los últimos cincuenta años.

*¿La crítica literaria de hoy se parece o hay notables diferencias con la que se escribía en los años sesenta?*

Cada época tiene la crítica literaria que se merece: buena, mala, regular, excelente. Cada veinticinco años cambian totalmente las ideas estéticas, filosóficas, políticas, históricas. Dos días después de los veinticinco años las personas dicen:

Cómo admirábamos a Alfonso Reyes o a Juan Rulfo si tienen tantos defectos. Alfonso Reyes era un señor que no sabía griego y traducía a Homero; era un hombre que nunca se atrevió a decir que estaba enamorado; vivía todo a escondidas; sus amores nunca llegaron a sus poemas; nunca hizo novelas; fusilaba textos de otras lenguas y los traducía al español.

Yo adoro el estilo de Reyes pero no estoy, ni estuve, ni estaré de acuerdo con su visión del mundo.

*¿Literariamente hablando, qué diferencia encuentra entre el México de hace cuarenta años y el México actual?*

“Después de Tlatelolco no pensábamos en literatura. Estábamos tan terriblemente abatidos que no nos interesaba reír”.

En los años cincuenta y los sesenta se publicaron libros en México que todavía son clásicos. La verdad no es inalterable, dura un momento determinado, la gente la cree y después la olvida. Piensa en Arreola, en Fuentes, Sabines, o escritores como Sainz, José Agustín, Octavio Paz. En mi *Diario público...*, se encuentra una carta que envié a Octavio Paz donde le digo: “ahora que llegues a México vas a ver muchas cosas cambiadas”. Fíjate, por ejemplo, no ha habido un Monsiváis, un José Emilio Pacheco. No me gusta cómo escribe Juan García Ponce y es raro llegar y es de los pocos escritores que hablaron del erotismo y lo pusieron en práctica en sus cuentos y novelas. Admiro su erotismo pero no me gusta cómo escribe, no tiene oído. Yo decía que Juan García Ponce era el Narciso Mendoza de la literatura: el niño que disparó el cañón en el sitio de Cuautla y al hacerlo destruyó un cuerpo de tropa de Calleja, el general realista, y así Morelos pudo escapar del sitio de Cuautla. Y el pobre Narciso Mendoza perdió los oídos por haber disparado el cañón y también Juan García Ponce. El lenguaje tiene que tener una eufonía y si no la tiene no se puede ser escritor. La literatura, además de ser vida, es vida contada literariamente.

*En su Diario público..., aparecen cuáles son para usted los veinte títulos más importantes que se han escrito. Y trata de acercar ese universo al México del siglo XX y a la prosa narrativa. Asegura que más que sus propias preferencias, hizo un esfuerzo por seleccionar las obras (novela, novelas cortas y libros de cuentos) atendiendo a factores no solamente artísticos, sino también sociológicos. Ya pasaron cuatro décadas desde que hizo esa lista, ¿sigue de acuerdo con su selección o agregaría algunos títulos?*

Esta lista está hecha con dos metodologías: una histórica (las novelas que históricamente, en su momento, movieron a los lectores y a los críticos literarios) y otra artística. De esa lista conservaría *Santa*, *Los de abajo*, *Ensayos y poemas*, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, *El águila y la serpiente*, *El señor de Palo*, *Ulises criollo*, *El resplandor*, *Tropa vieja*, *Rosenda*, *Al filo del agua*, *Confabulario*, *Pedro Páramo*, *La región más transparente*, *Dormir en tierra*, *Los recuerdos del porvenir*, *Gazapo* y *De perfil*. Quitaría *El plano oblicuo* y *Polvos de arroz*. Y agregaría, des-

pués de 1968, *Noticias del imperio* de Fernando del Paso.

*A propósito de esa lista y atendiendo a sus propias apreciaciones con respecto a la ausencia de mujeres, ¿se ha ocupado de lo que hacen las narradoras y poetisas mexicanas? ¿Le interesa alguna en especial?*

Hay tres que están en mis *Protagonistas...*, Elena Garro, Rosario Castellanos y Nellie Campobello. La avalancha de mujeres empieza en los años setenta, ochenta. Hay muchas, muchas mujeres y de todas ellas muy pocas son importantes. Evidentemente, es un *boom* femenino que nos está trayendo una nueva visión del sexo, de la vida en pareja, del divorcio, de los hijos, del trabajo femenino, del maltrato familiar, del maltrato social, nos abrieron un mundo de injusticia. Y estamos con ellas y con el feminismo y queremos acabar a como dé lugar con todas esas cosas que vejan a la mujer. Hay mujeres que me gustan, por ejemplo, de Beatriz Espejo (aunque sea mi compañera) me gustan sus cuentos, creo que son de los mejor escritos. Tiene un tono y un estilo; maneja su sintaxis de una forma que pocas escritoras se le parecen.

*Por su Diario público..., Emmanuel Carballo recibió el Premio Mazatlán de Literatura 2006 y a la decisión del jurado, integrado en esta ocasión por Ignacio Trejo Fuentes, Rosa Beltrán y Felipe Garrido, se sumó el reconocimiento público por parte de algunos escritores que ya han recibido este galardón anteriormente: Ángeles Mastretta, Héctor Aguilar Camín, Juan Villoro, Enrique Serna, José de la Colina, Jorge López Páez, Ignacio Solares y José Agustín.*

*Hace cuarenta años usted fue jurado del Premio Mazatlán de Literatura, ¿se imaginó que alguna vez lo recibiría?*

No. Cuando fui jurado del Premio (octubre, 1966) yo voté por Octavio Paz, pero no se lo dieron. El ganador fue un señor al que actualmente nadie recuerda. Perdió Octavio Paz, quien años después ganó el Premio Nobel de Literatura. Al principio estaba muy mal el Premio Mazatlán, era muy de derecha. Estaban todos los rectores de las universidades que saben cómo manejar una universidad, pero no sabían leer un libro y ver dónde residían los méritos del mismo. Actualmente está en manos de gente que sí sabe de literatura. Empezó mal

“Uno de los asuntos que siempre me interesó fue redescubrir a la gente del pasado, entender a los escritores maduros de mi tiempo y ayudar a los jóvenes con talento”.



© César Flores

y mejoró con el tiempo. Yo estoy muy agradecido por haber recibido el Premio y creo que lo merezco (no soy *me liñdoo*). Agradezco mucho a los jurados que hayan pensado en este libro. Creo que por primera vez el Premio Mazatlán se entrega a un crítico, a un historiador de la literatura mexicana.

*Sobre el Premio de Novela Rómulo Gallegos en el que usted participó como juez, ¿qué me puede contar?*

Cuando participé como jurado, la crítica mexicana de ese entonces no tenía problemas, para ella la mejor literatura del mundo era la nuestra. Para mí, en esos años, no había ninguna novela importante y era ridículo que México participara en el concurso que premiaba a la mejor novela publicada en el trienio 1964-1966. Ante *Paradiso* de Lezama Lima y *La casa verde* de Mario Vargas Llosa (que al final ganó) México no tenía nada que hacer. Yo me adelanté diciendo que México no merecía el Premio, no íbamos a ganar. Las novelas que pudieron ganar fueron *Pedro Páramo*, *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz*, pero las tres fueron anteriores al periodo que marcaba el Premio. Actualmente es más importante la literatura argentina que la literatura mexicana. Argentina está en un *boom* espléndido, sobre todo en la prosa narrativa y en la poesía.

*¿Qué significa para usted el pasaje de Tlatelolco?*

Tlatelolco es el término lógico de mi libro. Después de Tlatelolco no pensábamos en literatura. Estábamos tan terriblemente abatidos que no nos interesaba reír, bailar, beber, hacer el amor, sino solamente sufrir y pedir el castigo para los criminales que hicieron eso. Termina una época de México y entonces debí terminar mi libro en ese momento. Recordando mis vivencias y experiencias de 1968, escribí el texto y luego agregué uno de 2004 y aclaré que no solamente el gobierno había tenido la culpa, sino los líderes del movimiento que nos encerraron en una ratonera. Imagina a un líder en un momento cuando están totalmente encontradas las posiciones entre el gobierno y los estudiantes; y él hace en un lugar abierto la concentración en vez de en un lugar cerrado. Yo vi morir gente y gente por los cuatro puntos cardinales. Eso un líder inteligente no lo hace, busca salidas. Estos líderes no tenían talento político y ninguno hizo nada, más que llorar. Yo no quise exhibirme, es la primera vez que hablo del tema.

*¿Por qué dejó reposar tanto tiempo este episodio?*

En primer lugar por vanidad, no me interesaba ser uno más de los señores que decían: “yo estuve en Tlatelolco”. Era como una medalla al mérito civil. No toqué





Emmanuel Carballo en Casa del Lago

el tema ni literariamente. Neus Espresate, mi mujer en ese tiempo, la coprotagonista de este libro, publicó *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska. Además ha hecho quinientas ediciones de libros escritos por gente que nunca estuvo en Tlatelolco o por personas que dicen cosas muy obvias.

*¿Cómo evalúa los libros que se escribieron sobre el tema de Tlatelolco?*

Se hizo periodismo, no fue literatura. Fueron documentos y no obras de arte. Tienen un valor pasajero, no definitivo.

*¿Qué sucedió con el programa que conducía en compañía de Huberto Batis para Radio Universidad?*

Dirigía Radio Universidad un escritor muy importante que ha hecho mucho por los medios de masivos de comunicación: Fernando Curiel. Él convocó a varios personajes; a Batis y a mí en literatura, pero también hizo lo mismo en otras bellas artes: cine, teatro, pintura. A las tres semanas nos corrieron. No hacíamos pedazos a nadie. Demostrábamos críticamente que una novela estaba mal hecha: los personajes no tenían tres dimensiones, el estilo y la estructura no eran las adecuadas. Hablábamos tranquilamente como debe ser en un país democrático y sólo duramos tres semanas.

*¿Cómo juzga Emmanuel Carballo su propia obra?*

Como poeta, soy un poeta mediocre, tirando a bueno

pero más cerca de lo mediocre. Como cuentista hice un ensayo que no tuvo ninguna importancia para la literatura mexicana. La actividad que yo no quería hacer fue en donde realmente encontré mi vocación, en la crítica; al principio resultó ser una actividad batalladora que duraba toda la semana y después de diez o quince años practicándola tuve una visión de conjunto. Un asunto que siempre me interesó fue redescubrir a la gente del pasado, entender a los escritores maduros de mi tiempo y ayudar a los jóvenes con talento. Un verdadero escritor tiene que ser un partero y, al mismo tiempo, un gerontólogo, una persona bien intencionada; porque a mí me ayudaron cuando era joven y ahora tengo la obligación de ayudar.

*Carballo fue de los primeros en apoyar a escritores a través de la Revista Mexicana de Literatura (dirigida por el propio Emmanuel y por Carlos Fuentes) en un momento político y social fuertemente cuestionado por los intelectuales de izquierda, sobre todo por los ortodoxos. A Emmanuel no le importó si a Octavio Paz lo definían como un poeta europeo con veleidades trotskistas; o si a Arreola lo calificaban como un saltimbanqui dedicado a dar en sus textos inútiles piruetas éticas, ontológicas y metafísicas; o si a Rulfo lo criticaban por sus ataques a la reforma agraria. Ante este panorama, Carballo no titubeó y supo defender con argumentos e ideas la calidad narrativa y poética de estos escritores aunque por ello ganara el desprecio de aquellos. U*